

HISTORIAS DE AMOR

Simon¹
Una historia de amor

Tenía Simon veinte años cuando, una tarde, se le ocurrió que, así como en aquel momento estaba tumbado sobre el blando y verde musgo a la orilla del camino, podría irse a otro lugar y hacerse paje. Gritó esto en voz muy alta al aire, hacia las copas de unos abetos que, no sé si será cierto o inventado, sacudieron sus farisaicas barbas y entonaron una carcajada muda, como de piñas de abeto, que ayudó a nuestro hombre a levantarse y lo espoleó a ser inmediatamente aquello que con incontenible apetito deseaba ser. Levantóse, pues, y echó a andar a la buena de Dios, sin preocuparse por la dirección geográfica. ¡Preocupémonos más bien nosotros de su aspecto exterior! Tiene un par de piernas largas, demasiado largas para un paje en cierne y en camino, que confieren cierto aire de torpeza a su andadura. Sus zapatos están en mal estado, sus pantalones, idealmente desgastados, y su chaqueta, cubierta de manchas; su rostro es un rostro poco delicado, y su sombrero, para llegar a lo más alto, va adquiriendo lentamente esa

¹Trad. de Juan José del Solar. Relato incluido en «Historias» (1914), Vida de poeta, Alfaguara, Madrid 1989. (N. del T.)

forma a la que con el tiempo habrán de reducirlo un trato negligente y la pérdida del fieltro. Él, el sombrero, reposa sobre ella, la cabeza, como una tapa de ataúd corrida a un lado, o la tapa de hojalata de una vieja sartén oxidada. Pues realmente la cabeza es de un tono casi cobrizo y nada tiene que objetar a una comparación asartenada. De la espalda de Simon (nosotros, el relato, lo seguiremos ahora paso a paso) cuelga una vieja mandolina desolada, y vemos que él la coge en sus manos y empieza a puntear las cuerdas. ¡Oh prodigio! ¡Qué sonido argentino esconde aquel viejo y magro instrumento! ¿No es acaso como si adorables ángeles blancos tocaran violines dorados? El bosque es una iglesia, y la música que suena parece de un antiguo y venerable maestro italiano. ¡Qué tiernamente toca, con qué dulzura canta ese tosco muchachón! La verdad es que nos enamoraremos de él si no acaba pronto. Pero ya acabó, y tenemos tiempo para reponernos y tomar aliento.

«¡Qué extraño!», iba pensando Simon cuando salió de ese bosque para internarse en otro al poco rato, «¡qué extraño que en el mundo ya no queden pajes! ¿O será que tampoco hay ya damas grandes y hermosas? No lo creo, pues recuerdo que la poetisa de nuestra ciudad, a la que yo enviaba mis poesías, era lo suficientemente gorda, corpulenta y majestuosa como para necesitar un paje muy activo. ¿Qué hará ahora? ¿Seguirá pensando en mí, que la adoraba?». En compañía de tales ideas y sentimientos recorrió otro trecho de camino. Las praderas centelleaban como oro derramado cuando volvió a salir del bosque; en ellas, los árboles eran blancos, verdosos, verdes y tan llenos de savia que él no pudo evitar reírse. Las nubes, en el cielo, remoloneaban anchas y perezosas cual gatos bien estirados. Simon acarició mentalmente su piel suave y variopinta. Entre ellas, el azul era de una frescura y humedad maravillosas. Los pájaros cantaban, el aire temblaba, el éter destilaba perfumes y a lo lejos se veían montes rocosos hacia los que nuestro joven echó a andar directamente. Ya empezaba a subir el camino, y la oscuridad a envolverlo todo. Simon volvió a coger la mandolina, con la que era un mago. Y el relato se sienta

nuevamente detrás de él en una piedra, y escucha, totalmente perplejo. El autor, mientras, gana tiempo para descansar.

Fatigosa ocupación ésta de contar historias. Andar todo el tiempo detrás de aquel romántico muchachón zanquilargo, que toca la mandolina, y escuchar lo que canta, piensa, siente y dice. Y el tosco joven, el futuro paje, no para de andar y nosotros tenemos que ir tras él como si realmente fuéramos el paje del paje. Seguid escuchando, pacientes lectores, si aún tenéis oídos, pues varias personas harán pronto sus humildísimas reverencias. Será más divertido. Surge un castillo. ¡Qué hallazgo para un paje que busca castillos en ruinas! Y ahora revela tu arte, muchacho, o estás perdido. Y él lo revela. Le canta con una voz tan dulce y halagadora a la dama que se asoma al balcón del primer piso, que el corazón de la señora no puede evitar conmovearse. Tenemos un oscuro castillo de cuento, tenemos rocas, abetos, pajes, no, sólo un paje, así es, nuestro Simon, que en este momento reúne en su graciosa persona, anteriormente descrita, a todos los adorables pajes del mundo. Tenemos canto y música de mandolina, tenemos la dulzura que el muchacho sabe arrancarle a su instrumento. Ya ha anochecido, las estrellas brillan, la luna arde, el aire besa, y nosotros tenemos lo que debemos tener a toda costa, una dama suave, blanca, que sonrío desde lo alto e invita a subir con un gesto de la mano. El canto se ha instalado en el corazón de la señora, porque es un canto muy sencillo, entrañable, dulce. «¡Sube, querido, bello, tierno y sensible joven!» Aún oímos el grito de júbilo, el sollozo de alegría que, por un breve instante, sale de la garganta del feliz muchacho y atraviesa la noche; vemos desaparecer su sombra, y ahora todo es ya silencio y sombra allí fuera.

El autor intenta arrancarle ahora a su atormentada fantasía lo que sus ojos ya no pueden ver. Ojos penetrantes tiene la fantasía. No hay muro de diez metros de ancho, ni sombra, por negra y venenosa que sea, que detenga su mirada, capaz de atravesar muros y sombras como una red. El paje voló por la ancha escalera alfombrada y, cuando llegó arriba, su graciosa

señora estaba a la entrada, envuelta en el vestido blanco, e hizo entrar a Simon de la mano, sobre la que éste exhaló su cálido aliento. Rogamos nos ahorren la descripción de todo el besuqueo que siguió. Ningún punto de los hermosos brazos, manos, dedos y uñas quedó a salvo de aquellos ávidos labios rojos, que se hincharon totalmente en el curso del galante ritual. Por eso, y ahora lo advertimos, los pajes tienen siempre un par de labios que parecen las dos páginas de un libro abierto. Leamos tranquilamente lo que el lenguaje sigue contando allí dentro.

Después de poner freno al muchacho, la dama le contó en tono confidencial, un poco como se le habla a un perro inteligente, afectuoso y fiel, que estaba muy sola, que por las noches se instalaba siempre en el balcón, que la nostalgia de algo inefable no le dejaba pasar ni una hora agradable y despreocupada. Apartóle a Simon las hirsutas greñas de la frente, le tocó la boca, palpó sus mejillas ardientes y dijo varias veces seguidas: «¡Querido muchacho! ¡Sí, tú serás mi criado, mi siervo, mi paje! ¡Qué bonito has cantado! ¡Qué mirada tan fiel la de tus ojos! ¡Qué bellamente sonríe tu boca! Hace ya tiempo que estaba deseando un muchacho así para matar el tiempo. Brincarás a mi alrededor como un corzo y mi mano acariciará al gracioso, pequeño e inocente corzo. Me sentaré sobre tu cuerpo moreno cuando esté cansada. ¡Ah...!». Ruborizóse aquí un poco la distinguida dama y permaneció un buen rato mirando, en silencio, un oscuro rincón del aposento, que parecía muy suntuoso. Luego sonrió con benevolencia y, como tranquilizándose, se levantó y cogió en una de sus bellas manos las dos de Simon. «Mañana te vestiré de paje, querido paje. ¿Estarás cansado, verdad?» y, sonriendo, con su sonrisa le dio el beso de buenas noches. Luego lo condujo arriba, a una torre, al parecer muy alta, y entraron en un pequeño y pulcro aposento. Allí volvió a besarlo y le dijo: «Estoy totalmente sola. Vivimos aquí totalmente solos. Buenas noches», y desapareció.

Cuando bajó Simon a la mañana siguiente, la blanca señora estaba de pie junto a la puerta, como si llevase ya un rato esperando pacientemente. Le tendió mano y boca, y dijo: «Te

amo. Me llamo Klara. Llámame así cuando me desees». Se dirigieron a una habitación espléndida, enteramente alfombrada, con vista a un bosque de abetos verde oscuro. Allí, en el respaldo ricamente tallado de una silla, veíanse prendas de vestir de seda negra, ropa de paje: «¡Ponte esto ahora mismo!». ¡Oh, qué cara de embobada felicidad y sincero entusiasmo habrá de poner nuestro Kaspar, Peter o Simon! Ella le indicó por señas que se cambiase de ropa, salió a toda prisa, volvió sonriente a los diez minutos y encontró a Simon vestido de seda negra, como el paje que su fantasía debió de imaginar en momentos de ensoñación. Simon estaba muy guapo en su traje; su esbelta figura amoldábase admirablemente a la estrecha prisión del uniforme de paje. Y en seguida empezó a actuar como un paje, arrimándose tímida, aunque inconscientemente, al cuerpo de la dama. «Me gustas», murmuró ella. «¡Ven, ven!»

Siguieron jugando luego día tras día a la dama y al paje, y disfrutaban haciéndolo. Para Simon era algo serio. Pensaba haber encontrado su verdadero oficio, en lo cual no le faltaba razón. Que la amable señora se tomara en serio su amabilidad era algo que a él no se le ocurrió en ningún momento y en esto tampoco le faltaba razón. La llamaba Klara cuando se afanaba servilmente en torno a su voluptuoso cuerpo. Preguntas no le hacía, pues la felicidad, oh lector, no tiene tiempo para andarse con muchas preguntas. Klara se dejaba besar tranquilamente por él, como por un niño. Una vez le dijo: «Oye, soy casada, mi marido se llama Aggapaia. Un nombre diabólico, ¿verdad? Pronto regresará. ¡Oh, qué miedo tengo! Es muy rico. Es dueño del castillo, de los bosques, las montañas, el aire, las nubes y el cielo. No te olvides del nombre. ¿Cómo he dicho que se llama?». Simon tartamudeó: «Akka... Akka...». «Aggapaia, mi querido muchacho. Y ahora duérmete tranquilo. El nombre no es un diablo.» Y dijo estas palabras llorando.

Pasaron nuevamente algunos días, y al cabo de una o dos semanas, la dama y el paje se sentaron una tarde en el balcón del castillo. Ya estaba oscureciendo, y las estrellas, como ena-

morados caballeros, dejaban caer su brillo sobre la extraña pareja: la dama con un vestido moderno y el paje con traje español. Como solía hacer todas las tardes, éste punteaba las cuerdas de su mandolina, y el relato discute conmigo sobre qué cosa era más dulce, si el punteo de los ágiles dedos o los apacibles ojos femeninos que observaban al intérprete. La noche merodeaba como un ave de rapiña. La oscuridad iba en aumento, cuando, de pronto, ambos oyeron un disparo en el bosque. «Ya viene. El diablo Aggapaia está muy cerca. Tranquilo, muchacho. Te lo presentaré. No tienes nada que temer.» Frunció, sin embargo, el ceño la que acababa de hablar, las manos le temblaron, suspiró y deslizó una breve carcajada entre la marea de angustia que se esforzaba por ocultar. Simon la observaba en calma; alguien gritó desde abajo: «¡Klara!». La señora respondió con un «sí» entrañable y extrañamente agudo. La voz replicó preguntando: «¿Con quién estás allá arriba?». «Es mi corzo, mi pequeño corzo.» Al oír esto, Simon se puso en pie de un salto, abrazó a la temblorosa dama y gritó hacia abajo: «¡Soy yo, Simon! Más de dos brazos no hacen falta para demostrarte, sinvergüenza que estás allá abajo, que soy un muchacho con el cual no se juega. ¡Sube y verás, te presentaré a mi querida dueña y señora!». El diablo Aggapaia, que en aquel momento debió de sentirse un diablo muy necio, engañado y cornudo, se quedó abajo, aparentemente para pensar qué tipo de ataque exigía la situación tan peligrosa en que se encontraba. «Un crápula ciego, frío, insolente y desalmado es el que está allá arriba. Mi superioridad es dudosa. Tengo que pensar, pensar, pensar.» También la noche, el extraño comportamiento de su esposa, la voz del «chiquilín ése de arriba» y ese enigmático algo que el diablo no sabía cómo definir, lo obligaron a reflexionar ciegamente. ¡Piensa!, parpadeaban las estrellas; ¡piensa!, graznaban los pájaros nocturnos; ¡piensa!, decían confusamente, aunque con suficiente claridad, las copas de los abetos al mecerse... «Está pensando», cantó la fresca voz del paje, feliz de su victoria. Y aún sigue pensando el pobre y negro diablo de Aggapaia, firmemente aferrado a su

reflexión. Simon y Klara son ahora marido y mujer. ¿Cómo?, lo dirá un poco más tarde la historia que, ya casi sin aliento, necesita aquí un descanso.

Esbozo

Llegó como venido de una nebulosa lejanía. Sólo eso ya le confería respeto. Ella jamás había visto a un hombre de aspecto parecido. Pensó: «Parece que está ante un peligro inminente». Él era pobre, llevaba ropas andrajosas, aunque se movía ufano. Sus modales denotaban sosiego y una gran alegría interior. «Sus besos deben de ser exquisitos», pensó ella. Daba además la impresión de haber tenido mucho éxito y haber suscitado un gran interés, como si, en todos los lugares en los que despertara ambas cosas, hubiera seguido su camino sin echar siquiera un vistazo a su alrededor.

Ella pensó: «Tiene algo de intrépido y de noble. ¿Podré amarlo? Lo cierto es que merece ser amado».

Aparte de eso, parecía no ser consciente de lo atractivo que era. Había en sus maneras algo fuera de lo común, algo ambiguo. Ella se dijo: «Seguro que este joven sabrá ser discreto. Creo que confiar en él debe de ser bonito. Aunque aún será mejor y más bonito echarle los brazos al cuello y abrazarlo». Toda la seguridad y la firmeza de su porte se veía no obstante afectada por un destello de vulnerabilidad y desamparo. Y ella pensó: «Necesita protección. Qué feliz sería si pudiera darle abrigo».

Era joven y, no obstante, parecía que también experimentado; mostraba mucho aplomo, la viva imagen de la perseverancia y la tenacidad, y sin embargo era como si anhelara rebosar debilidad y mansedumbre.

Entonces ella le tocó el brazo como por azar y sin quererlo. Se ruborizó y pensó: «Sospecha lo que quiero». También él se sonrojó. A lo que ella se dijo: «¡El primoroso! Me aprecia. Es todo un caballero». A su juicio, él se comportaba cada vez

mejor; de su ser emanaban cada vez más fuerza, ternura y gallardía. Pensó: «Amo. Bien es verdad que no debería, pues estoy casada. Pero amo». Se lo dio a entender con los ojos; él tenía capacidad de atención, cortesía e inteligencia suficientes para entender lo que ella pensaba, lo que ella sentía y lo que ella deseaba. Y aquí empezaba la novela. Si en lugar de ser escritor fuera escritora, me pondría ahora mismo a escribir dos volúmenes.

Meta

Ocurrió que una noche –sólo recuerdo vagamente la breve pero conmovedora escena, aturdido tras una salvaje peregrinación por los bares y regresando a casa haciendo eses–, en una de las monótonas calles de la gran ciudad, di con una mujer que me invitó a acompañarla. Sin ser bella, era pese a todo una bella mujer. Como corresponde al estado en que me encontraba, me dirigí a la criatura nocturna con toda suerte de para mí muy ocurrentes, disparatadas, acaso divertidas expresiones, de modo que percibí, con el don propio de los que están ebrios, que le estaba pareciendo muy gracioso. Es más: le gustaba, y llegué a la conclusión de que empezaba a sentir cierta debilidad por mi persona. Quería marcharme, pero ella no me dejaba, y dijo:

–Oh, no te alejes de mí. Ven conmigo, querido amigo. ¿No pretenderás hacerte el insensible y no sentir nada por mí, verdad? Has bebido mucho, pillín, y sin embargo se te nota que eres bueno. ¿O es que quieres ser malo y rechazarme sin piedad cuando yo te he tomado cariño tan deprisa? No seas así. Ay, si supieras cómo... Pero a los hombres no se os puede venir con sentimientos: nos despreciáis y os burláis de nosotras. Si supieras cómo sufro bajo el frío, bajo el vacío de todos estos apetitos, que son mi trágico y espantoso oficio. Hasta hoy me tenía por un monstruo digno de ser tratado a patadas. Tú me has despertado una sensación dulce, tierna y piadosa, querido.

¿Y ahora pretendes que vuelva al abismo de los monstruos? No seas así. Quédate, quédate y ven conmigo. Pasaremos la noche entre risas. Oh, ya verás cómo sé entretener. ¿No está hecha la persona alegre sobre todo para entretener? Después de muchísimo tiempo, ahora vuelvo a sentir una gran alegría. ¿Sabes lo que eso significa para mí, que soy inhumana? ¿Lo sabes? ¿Por qué sonríes? Tienes una sonrisa preciosa, me encanta cómo sonríes. ¿Y pretendes no tener en cuenta nuestra buena amistad y chafarme la alegría que siento con sólo verte? ¿Quieres destrozar y desbaratar lo que después me hace feliz, lo que después de tanto y tanto tiempo vuelve a hacerme feliz? Queridito mío... ¿Acaso no tengo derecho, después de habérmelas visto con el horror y el terror más espantosos, a ocuparme una sola vez del placer verdadero? No seas cruel. Te lo pido por favor. No, no te arrepentirás. Vas a celebrar y bendecir en tu interior las horas que pasaste con una mujer menospreciable y deshonrada. Vamos, sé compasivo y ven conmigo. No seas compasivo nunca más, si no quieres, pero hoy, hoy... Hoy sé compasivo y únete en secreto a la que tiene mala reputación. Mira cómo se me escapan las lágrimas, escucha cómo te imploro. Si te vas sin ser amable conmigo, lo veré todo negro; si por el contrario eres bueno, el sol brillará por la noche. Sé esta noche la estrella amable y de buen agüero en mi firmamento. ¿Te emocionas? ¿Me das la mano? ¿Vienes conmigo? ¿Me amas?

Epílogo: ¿Acaso no podría ser Circe, que pide al valiente navegante griego que se quede con ella? Él quiere regresar a su hogar, pero ella, ella le suplica que no la abandone. Es una malvada hechicera que, con sólo mirarlos, convierte a los hombres en cerdos que gruñen. De hecho ella lo niega, dice que no es ninguna hechicera, sino que ella misma sucumbió a un hechizo. Y bien puede ser cierto. Por lo demás es de una belleza que conmueve. Tiene una voz tenue, que murmura; y de sus ojos verdes o azules como el mar –a menudo los vemos en los gatos extranjeros– emana un maravilloso, altivo y simpático

brillo. No es infeliz y sin embargo tampoco feliz. En el griego busca y encuentra su felicidad, y él se dispone a abandonarla para regresar junto a su paciente esposa. Oh, tierna tragedia. Entre otras cosas, le dice que sus compañeros se han transformado en cerdos de manera totalmente espontánea. Así que la deshonra y la culpa son de ellos, no de ella. Si son cerdos es porque quieren. Sonríe, y en la sonrisa asoma una lágrima furtiva. Es a la vez irónica y solemne, frívola y melancólica a un tiempo.

—¿Acaso no ves —dice cogiéndole de la mano— que aquí el único hechicero eres tú? Oh, sé mi amado, mi protector, mi querido y magnífico hechicero. Protégeme de Circe. Cuando te tengo a mi lado no soy Circe. Ella se va si tú te quedas.

Dice estas palabras y lo cubre de caricias, pero él... él se va. Se abandona a sí mismo. A ella la deja en manos de Circe; la abandona a su latente crueldad, la abandona a la ignominia de la cual es esclava. ¿Puede irse? ¿Es tan insensible?

Dos cuadros de mi hermano

La mujer de la ventana

¿Por qué estará esa mujer en la ventana? ¿Sólo para contemplar el paisaje? ¿O es más bien el sentimiento quien la ha llevado a la ventana, para que dejara vagar sus pensamientos? ¿Y en qué piensa? ¿En algo que ha perdido? ¿En algo que ha perdido para siempre? Eso le parece a quien observa la imagen con atenta mirada. Y la mujer, ¿llora o está a punto de llorar? ¿Acaso ha llorado antes de acercarse a la ventana? ¿O romperá a llorar cuando se aparte de la ventana? Quien observa la imagen no lo considera imposible. ¿Acaso la mujer que está tan sola en la ventana tiene un amado? ¿Acaso éste su querido amigo se ha ido para siempre? Con suma probabilidad. De modo que tenía un amado. Así que ahora no hay amigo que la quiera. ¿Acaso no está la pobre y querida mujer como si lo más

querido para ella la hubiera abandonado y como si no tuviera otro remedio que pensar en aquel al que perdió? Su actitud parece decir: «Apenas si me ha dicho que me quiere, apenas le he abrazado y estrechado contra mi pecho, y ya le he perdido. Es terrible». ¿Y qué le ha movido, a él, a abandonar a quien amaba y por quien se sentía amado? ¿Los ha separado el destino? ¿Ha sido el vaivén de la vida, a quien el amor y la ternura le trae sin cuidado, quien ha separado a los amantes? Sería una explicación. Lo desagradable se explica tan fácilmente como lo agradable. ¿Es posible que la mujer no haya renunciado aún a la esperanza de un dulce reencuentro? No, ya no abraza otra esperanza que la de poder llorar durante horas y bañarse en el dolor que le estremece el alma. Para la mujer que ha perdido a su amigo el dolor es el amigo íntimo, y ésta es la última clase de amigo que uno puede tener. Amigo terrible de pálido rostro, con la tremenda sonrisa de aflicción inextirpable en los labios, dile algo a la mujer, acaríciala. Y en efecto lo hace: la tristeza por la separación del amado es ahora el amado que la acaricia. Tal vez el dolor por la pérdida no sea ahora tan grande como lo será dentro de uno o dos años. Porque el dolor puede crecer en silencio. Primero es una fina campanilla que emite un leve «talán, talán» entre suspiros. Pero puede convertirse en una campana de repique enfurecido que escapa a la razón, que parte el alma y desgarrar el corazón. ¿Acaso no surge de la simple melodía el concierto majestuosamente estrepitoso y retumbante? Si es así, a la mujer de la ventana le aguarda una lucha severa.

El sueño

He soñado que era un pequeño, inocente y joven muchacho, tan joven y tierno como nadie lo fue nunca y como uno tan sólo puede serlo en los sueños oscuros, profundos y hermosos. No tenía ni padre ni madre, ni casa paterna ni patria, ni derechos ni fortuna, ni esperanza ni el pálido reflejo de la